

ANTONIO MANZINI

UNA PRIMAVERA DE PERROS

Traducción del italiano de
Regina López y Julia Osuna



Título original: *Non è stagione*

Ilustración de la cubierta: Gary Buss / Getty Images

Copyright © Sellerio Editore, Palermo, 2015

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2016

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-16237-14-2

Depósito legal: B-6.740-2016

1ª edición, mayo de 2016

Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdaguer, 1
Capellades, Barcelona

UNA PRIMAVERA DE PERROS

AM 166 TT

Oh, me pareció ver un lindo gatito.

PIOLÍN

LUNES

El relámpago desgarró la noche y atrapó en un flash fotográfico la furgoneta blanca que corría veloz de Saint Vincent a Aosta.

—Va a llover —dijo el italiano al volante.

—Entonces ve más lento —respondió el del acento extranjero.

Primero el trueno y luego la lluvia, que cayó como un cubo de agua contra el cristal delantero. El italiano accionó el limpiaparabrisas, pero no redujo la velocidad. Se limitó a poner las largas.

—Asfalto moja y carretera vuelve jabón —dijo el extranjero mientras sacaba el móvil del bolsillo del abrigo.

Pero el italiano siguió sin reducir la velocidad.

El extranjero desdobló un papelito y empezó a marcar un número.

—¿Se puede saber por qué no guardas los números en la agenda, como todo el mundo?

—No queda memoria. Toda llena. Y tú, lo tuyo —respondió sin dejar de marcar.

La furgoneta pilló un bache y ambos pegaron un bote.

—¡Que voy vomitar! —exclamó el hombre del acento extranjero, mientras se llevaba el móvil a la oreja.

—¿A quién llamas?

Pero no obtuvo respuesta de su compañero, quien al oír un adormilado «¿Diga...? ¿Quién es a estas horas?», torció el gesto y colgó.

—Equivocado —murmuró, pulsando nervioso las teclas del viejo móvil manchado de pintura.

Cuando terminó la operación, volvió a guardárselo en el bolsillo y se quedó mirando por la ventanilla. La carretera era un zigzag tras otro y las señales blancas y negras que advertían de la llegada de una curva cerrada no asomaban hasta el último momento. Entre el motor gripado y el silenciador perforado, sonaba como si estuvieran tirando chatarra por unas escaleras. En la parte trasera, la caja de herramientas no paraba de deslizarse de un lado a otro al ritmo del bamboleo de la furgoneta.

—¡Ha llegado el diluvio universal, amigo mío!

—Yo no soy amigo tuyo —respondió el extranjero.

La carretera de Saint Vincent a Aosta, pese a las largas, seguía siendo invisible. Y el italiano venga a reducir, rascar las marchas y pisar el acelerador.

—¿Por qué no vas más despacio?

—Porque ya mismo es de día. ¡Y quiero estar en casa para cuando sea de día! Anda, fúmame un cigarro y deja de dar por culo, Slawomir.

El extranjero se rascó la barba.

—Que no llamo Slawomir, capullo, Slawomir es nombre polaco y yo no soy polaco.

—Polaco, serbio, búlgaro... para mí es todo lo mismo.

—Tú eres gilipollas.

—¿Por qué? ¿No tengo razón? Sois todos unos arrastrados. Ladrones y gitanos. ¿Te dan miedo las curvas? —añadió, y rió entre dientes—. ¿Eh, gitano, te dan miedo?

—No, me da miedo que conduces mal. Y yo no soy gitano.

—¿Qué te pasa, te has cabreado? Pero... ¿qué tiene de malo ser gitano? No hay que avergon...

Un estallido repentino lo interrumpió. La furgoneta se puso sobre dos ruedas.

—¡Mierda! —Intentó contravolantear.

El extranjero chilló, chilló el italiano y chillaron a su vez los tres neumáticos que seguían con vida. Hasta que estalló una segunda rueda y la furgoneta dio un brinco hacia delante. Embistió una cerca de madera, derribó la señal de límite de velocidad y detuvo su avance contra dos alerces a un lado de la calzada. El cristal delantero estalló, los limpiaparabrisas se partieron y el motor se paró.

El extranjero y el italiano no se movían, la mirada, vidriosa, fija en un punto lejano mientras les salía sangre de la boca y las cuencas de los ojos. El cuello roto, amorfos como dos marionetas sin dueño. Un nuevo destello, y el flash fijó la instantánea de aquellas dos caras apagadas, con las pupilas congeladas.

La lluvia insistía con su ritmo desquiciado contra la chapa del techo. La furgoneta siniestrada, que seguía con las luces encendidas, rechinaba en precario equilibrio contra las raíces que asomaban de la tierra. Se asentó sobre el terreno con un último estremecimiento que sacudió en el asiento los cuerpos sin vida de los dos hombres.

Desde el estallido del primer neumático hasta que la furgoneta se había estampado contra los troncos de los árboles habían pasado tres segundos.

Tres segundos. Nada. Un suspiro.

Tres segundos tardó Rocco Schiavone en comprender dónde estaba. Una eternidad.

Al abrir los ojos no había reconocido como suyos ni las paredes, ni las puertas ni el olor.

«¿Dónde estoy?», se preguntó mientras circunnavegaba con la mirada adormilada el espacio que lo rodea-

ba. La penumbra de la habitación no ayudaba. Estaba en cama ajena, en un cuarto ajeno de un piso ajeno. Y, con toda seguridad, también sería ajeno el edificio. Esperaba que al menos la ciudad fuera la misma del día anterior, la misma donde vivía desde hacía un tiempo, en la que llevaba nueve meses expiando su falta: Aosta.

El cuerpo femenino que vio a su lado lo ayudó a encajar las piezas. Dormía plácidamente. El pelo moreno y suelto sobre la almohada. Unos ojos cerrados que temblaban un poco tras los párpados. Tenía los labios ligeramente entornados y parecía estar besando a alguien en sueños. Una pierna a la vista y un pie colgando por fuera del colchón.

¡Se había quedado dormido en casa de Anna! Pero ¿qué le pasaba? ¡Error! Un primer paso en falso, ¡riesgo latente de caer en una rutina! El peligro de una integración no deseada con aquella ciudad y sus habitantes le puso la carne de gallina y lo hizo incorporarse de golpe en el colchón. Se restregó la cara.

«No, no puede ser», pensó. Llevaba nueve meses sin dormir un solo día fuera de casa. Así se empieza, lo sabía... y luego ya es sólo cuestión de tiempo; se frecuentan las mismas cafeterías, se hace uno amigo del frutero, del estanquero y, por supuesto, del quiosquero, hasta llegar a la frase fatídica del camarero tras la barra: «¿Lo de siempre, jefe?», y ya la has cagado: convertido automáticamente en ciudadano de Aosta.

Puso los pies en el suelo. Caliente. Peludo. Moqueta. Se levantó y, en la penumbra de un amanecer lívido como la panza de un pez, se aventuró hacia una silla que abrazaba una montaña de ropa, la suya. Un golpe seco en los dedos de los pies le iluminó el cerebro, seguido en el acto por un rayo de dolor que lo envolvió entero.

Sin hacer ruido, volvió a la cama cogiéndose el pie izquierdo, con el que le había pegado a una esquina. Rocco lo sabía, era uno de esos dolores brutales y atroces que, gracias a Dios, tienen la particularidad de durar

poco. Sólo había que apretar los dientes unos segundos y se pasaba. Masculló una maldición para no despertar a la mujer. Aunque no por respetar su sueño, sino simplemente porque, de lo contrario, tendría que enfrentarse a una discusión y no tenía ni tiempo ni ganas. Anna trituró una palabra misteriosa entre los labios para luego darse la vuelta y seguir durmiendo. El dolor del pie, agudo y despiadado, remitía ya, se volvía un mero recuerdo. Pero lo había despertado del todo y, cuando el subjefe se llevó las manos a la cara, los fotogramas de la noche empezaron a desfilarse por delante como si sus ojos se hubieran convertido en un proyector de diapositivas.

Encuentro casual con Anna, la amiga de Nora Tardioli, su ya ex novia, en el café Centrale. Las típicas sonrisitas de ella, las típicas miradas felinas, sus ojos displicentes, de gata asesina, la típica pose de *femme fatale* de provincias. La copa de vino. La cháchara.

—¡Que sepas, Rocco, que Nora está esperando que la llames!

—Que sepas que yo a Nora no pienso volver a llamarla.

—Que sepas que desde el día de su cumpleaños no habéis hablado.

—Que sepas que lo sé perfectamente.

—Que sepas, Rocco, que está colada por ti.

—Que sepas que Nora está con el arquitecto Pietro Bucci Nosequé.

Carcajada de Anna. Risa ronca, mordaz, de escarnio, con el consiguiente calentón de Rocco.

—Que sepas que estás muy equivocado. Pietro Bucci Rivolta es cosa mía.

Anna manoseando la cadena de plata en el escote para llamar la atención sobre su pecho.

—Pero ¿a qué viene tanto interés en mí y en Nora?

—La haces sufrir.

—Yo he hecho lo que he podido. Está claro que no soy el tipo de persona que ella necesita.

—¡Como si tú supieras lo que necesita Nora! Pues poca cosa, créeme, Rocco. No es tan exigente. Se conforma con lo básico.

Anna pidiendo otras dos copas de vino.

Y otras dos.

—¿Nos vamos?

La calle. Casi sin luz. El portal de Anna, cerca del de Rocco.

—Yo vivo aquí al lado.

—Ea, pues corre a tu casa.

Anna sonriendo con sus ojos oscuros y brillantes. Aún displicentes. Aún de gata asesina.

—No te gusto ni un pelo, ¿eh?

—No, ni un pelo. A ver, físicamente tienes un pase, con esa nariz respingona, los ojos penetrantes de falso macho latino, alto, con espaldas anchas y una buena mata de pelo. Pero ¿sabes qué? Yo contigo no me subiría ni en una telecabina para ir a esquiar. Me esperaría a la siguiente.

—Por eso no te preocupes, yo no esquío. Nos vemos.

—No sé... lo mismo no.

Se abalanza sobre ella. La besa. Ella se deja. Y abre el portal con la mano por detrás.

Suben.

Follan. Cuarenta y cinco minutos, quizá cincuenta. Para Rocco, una marca digna de pasar a los anales.

El pecho de Anna. Su pelo moreno suelto. Las piernas musculosas.

—Hago pilates.

Los brazos torneados.

—También del pilates.

Sin aliento, sudados y tumbados en la cama.

—Nena, yo ya no estoy para estos trotes.

—Ni yo.

—¿Y el pilates?

—No da para tanto.

—Mira que eres guapa.

—Pues tú no.

Se ríen.

—¿Agua?

—Agua.

Ella levantándose. Las nalgas duras. Él pensando: «También del pilates.» Ha ido a la cocina. Lo sabe porque oye el ruido de la nevera. Vuelve a la cama.

—¿Me atarás la próxima vez?

—Si acaso, te esposo. Me dedico a eso.

Rocco enganchado a la botella de agua mineral. Ella enseñándole los cuadros que tiene colgados por toda la casa. Flores y paisajes. Los pinta para llenar las tardes de aburrimiento infinito. Él durmiendo como un crío mientras ella le enseña una marina de la Toscana.

Se vistió deprisa. Calzoncillos, pantalones, camisa, los Clarks, la chaqueta y, con paso sigiloso, salió del dormitorio y de la casa de Anna.

El aire estaba más frío de lo normal por culpa de la lluvia caída durante toda la noche, y el sol seguía sin aparecer. Pese a todo, un claro auguraba un buen día. Levantó la mirada y vio que había pocas nubes zanganeando por el cielo.

Sacó el móvil para mirar la hora: las seis y cuarto.

Demasiado temprano para ir a desayunar y demasiado tarde para seguir durmiendo. Las llaves de la casa le tintineaban en el bolsillo, como sugiriéndole que fuera a ducharse y bajara luego al bar de la piazza Chaux.

• • •

Pegado a la pared como un gato rezagado, recorrió veloz las dos manzanas que separaban el piso de Anna del suyo y volvió por fin a su casa.

Como cabía esperar, se la encontró vacía. Ni siquiera se veía a Marina. No estaba ni acostada en el cuarto, ni en el salón viendo algún telediario antelucano, ni en el baño dándose una ducha o preparando el desayuno en la cocina. Como si se lo hubiera olido. Como si hubiera visto la cama intacta y hubiese comprendido que esa noche Rocco no había vuelto. Era la primera vez después de mucho tiempo que no dormía en casa, y a lo mejor no le había hecho gracia. Se había ofendido y estaba escondiéndose.

Con la mirada clavada en el suelo, fue directo al baño y abrió el grifo del agua caliente. Se desnudó, se metió en la ducha y se lavó también el pelo y dejó correr el agua varios minutos. No salió hasta que el vapor hubo transformado el baño en un *hamam*. Desempañó entonces el espejo con la mano y apareció su cara en todo su esplendor: ojeras, párpados enrojecidos, arrugas por encima de los pómulos. Estiró los labios para verse los dientes. Tenía la esperanza de que Marina asomara entre aquel paño de vaho espeso. Pero nada. Cogió el jabón y empezó a afeitarse.

A las ocho estaba en el café de la plaza, la segunda etapa obligatoria de la mañana. Después, andando a la jefatura. Y todo eso sin darse cuenta de que, por encima de su cabeza, en lugar de nubes, se abría ya un bonito cielo azul.

Entró a hurtadillas. Evitó las preguntas del agente Casella, que estaba en la puerta, y se escabulló por el pasillo para no encontrarse ni con D'Intino ni con Deruta, los dos agentes que había rebautizado con el nombre de «los hermanos De Rege» en honor al dúo de cómicos

piamonteses de los años treinta que más tarde habían resucitado Walter Chiari y Carlo Campanini, en la época en la que Rocco veía la tele en blanco y negro aovillado en el salón, la estancia que hacía también las veces de cuarto de la abuela. Antes de empezar la jornada necesitaba fumar, y para hacerlo era fundamental acomodarse en su despacho, en el sillón, con la puerta cerrada y en silencio. Silencio absoluto.

Entró y fue a sentarse tras la mesa. Cogió un canuto. Un poco seco, pero podía pasar. A las tres caladas las cosas empezaron a pintar mejor. Sí, la temperatura iba a cambiar, y sí, sólo tenía que encarar una mañana tranquila de trabajo en el despacho.

Llamaron a la puerta. Rocco puso cara de hastío. Apagó la colilla en el cenicero.

—¿Quién es? —No hubo respuesta—. He dicho que quién es. —Nada. Rocco se levantó y abrió la ventana de par en par para aventar el olor a maría—. ¿Quién es? —gritó una vez más mientras se acercaba a la puerta. Siguió sin obtener respuesta. Abrió. Era D’Intino, el agente de los Abruzos, que esperaba en silencio, cual perro guardián—. D’Intino, ¿tanto te cuesta decir tu nombre?

—No, ¿por qué?

—Porque llevo una hora gritando que quién es.

—Ah, ¿era a mí?

—¿No has sido tú el que ha llamado?

—Sí, sí.

—A ver, y cuando uno llama y del otro lado le preguntan quién es, ¿tú a quién crees que se refiere?

—No sé...

—Mira, D’Intino, lo último que quiero es estropear un día que parece haber empezado con buen pie. Así que voy a ser amable y voy a intentar comprender dónde está el problema. ¿Empezamos de cero? —D’Intino asintió—. Vale, pues voy a cerrar la puerta y tú vuelves a llamar.

Y eso hizo. Cerró la puerta. Esperó diez segundos. No pasó nada.

—¡D’Intino, que tienes que llamar! —gritó.

Diez segundos después, D’Intino llamó a la puerta.

—Bien. ¿Quién es? —gritó Rocco. No hubo respuesta—. He dicho: ¿quién es?

—Yo.

—¡¿Yo, quién?! —

—Yo.

Rocco volvió a abrir. Como era de esperar, D’Intino seguía allí plantado.

—A ver, ¿yo quién es?

—Yo es que... usted ya sabía que era yo.

Rocco le dio tres palmetazos en la espalda con la mano abierta. D’Intino hundió el cuello entre los hombros y recibió los azotes de su jefe con una leve protesta:

—A ver, yo he dicho «yo» porque usted ya me había visto, ¿no? Y entonces me he dicho: ¿para qué voy a...?

—¡Soo! —chilló Rocco, que tapó la boca de su agente con la mano—. Vamos a dejarlo, D’Intino. Ya hemos comprobado que eras tú quien llamaba. Y ahora, venga, ¿qué querías?

—Un accidente muy chungo en la nacional.

—¿Y?

—Dos muertos.

—¿Ajá?

—Los de tráfico, que vayamos.

Rocco se llevó las manos a la cara.

—¡Pierron! —gritó.

No soportaba más a D’Intino: necesitaba hablar con alguien con un cociente intelectual superior al de un orangután.

Diez segundos, y la cara de Italo Pierron, su mejor agente, asomó por una puerta lateral.

—¡Dígame, jefe!

—¿Qué es todo ese rollo del accidente?

—En la nacional de Saint Vincent... una furgoneta.
Dos muertos.

—Vete para allá con D'Intino, haz el favor.

—Yo es que... —empezó a decir D'Intino cogiéndose el costado.

—¿Tú qué?

—Jefe, es que todavía me duelen las costillas.

Hacía un mes y medio que le habían fracturado el tabique nasal en una agresión. Después, no contento con ello, se había caído en un socavón de unas obras, lo que le había supuesto un par de costillas fracturadas, que al parecer seguían dando guerra. El vídeo de la cámara de seguridad que recogía toda la escena de la agresión sufrida por D'Intino y Deruta, el agente de ciento y pico kilos que se disputaba con el de los Abruzos el podio del más idiota de la comisaría, había dado la vuelta entera por la jefatura y la fiscalía. Se había convertido en objeto de culto entre los policías y los jueces del valle. Aquella grabación de unos pocos minutos en la que los dos inútiles intentaban arrestar a una pareja de camellos se utilizaba en la jefatura cada vez que alguien se sentía un poco bajo de moral. El juez Baldi se lo ponía a diario y el juez Messina, tres noches a la semana en familia. En la jefatura, Italo Pierron y la subinspectora Rispoli lo veían en la oficina de pasaportes, que se había convertido en el escondite de sus encuentros amorosos. En los últimos tiempos, al público de adeptos se había unido hasta el jefe superior, Andrea Costa, quien lloraba de la risa ante las peripecias de sus dos agentes. El único que parecía inmune a la comicidad de esos tres minutos mudos en blanco y negro era el patólogo forense Alberto Fumagalli, quien, en cambio, cuando veía el cortometraje, se entristecía y le entraban ganas de llorar. Pero no había que darle importancia. La sensibilidad del médico estaba seriamente dañada por el trato cotidiano con cadáveres y, sobre todo, por una patología maniaco-depresiva latente y muy peligrosa.

—Pero bueno, ¿y los de tráfico? ¿No deberían ocuparse ellos de los accidentes? —preguntó Rocco, exasperado.

—Ya, pero es verdad que nos han llamado ellos. Por lo visto, la furgoneta se ha estrellado sola, no ha chocado con ningún otro coche. Se ve que algo no cuadra. Y quieren que vayamos.

—¡Hay que joderse! —gritó Rocco mientras cogía el loden verde del perchero. Se lo puso y cerró la puerta—. D'Intino, si no estás para trabajar, ¿me puedes decir qué pintas en la jefatura?

—Estoy adelantando papeleo.

—Adelantando papeleo —repitió en voz baja Rocco—. ¿Has oído? Está adelantando papeleo. Anda, vamos, Italo. ¿O a ti también te lo impide alguna patología?

—No, a mí no. Pero sí le recuerdo que la inspectora Rispoli está en casa con treinta y nueve de fiebre. No podemos contar con ella.

Rocco le dio un repaso de pies a cabeza.

—Ni tú tampoco. ¿O me equivoco?

Italo se puso colorado y bajó la mirada.

Sin mediar más palabra, su superior se encaminó hacia la salida.

Todavía no había digerido la historia de amor entre Italo y Caterina. Él había sido el primero en echarle el ojo a la inspectora Rispoli. Y ver cómo se la arrebataban —y para colmo un subordinado— había supuesto un duro golpe para su amor propio.

Cuando llegó a paso rápido a la puerta principal, Rocco Schiavone se volvió para decirle a Italo:

—¿Y tú qué? ¿Te diviertes mandándome siempre a D'Intino?

—Unos, para empezar el día con buen pie, se fuman un canuto, y otros mandamos a D'Intino al jefe. —Se echó a reír.

Rocco decidió que había llegado la hora de hacer las presiones pertinentes para mandar a D'Intino a al-

guna comisaría perdida de la Majella. Estaba en juego su salud.

En mayo el mundo es bonito. Las primeras margaritas salpican de blanco y amarillo los prados, y en los balcones las flores vomitan colores como tubos de témpera estrujados.

Y también en Aosta era así. Rocco mir  al cielo. Parecía que por fin las nubes se habían largado a invernar a saber dónde, mientras el sol acariciaba las montañas y las mesetas y hacía relucir aquella paleta maravillosa. Y a Rocco Schiavone le cambiaba el humor para bien. Llevaba un tiempo esperando aquel espectáculo, desde finales de septiembre del año anterior, cuando había tenido que coger los b rtulos y plantarse en la jefatura de Aosta tras ser trasladado, a modo de castigo, desde la comisaría Cristóbal Colón del barrio romano del EUR. Habían sido meses de frío intenso, de nieve, lluvia y hielo, que le habían costado su buena decena de Clarks, el único calzado que utilizaba. A decir verdad, todavía quedaba alguna nubecilla que otra por ahí arriba. Pero no parecían tener maldad, correteaban y, como mucho, se paraban a descansar entre las cimas de las montañas. Nada preocupante.

— Has visto? —le preguntó Italo, que, cuando estaba a solas con Rocco, pasaba a tutearlo sin más preámbulos.

— El qué?

— Que también a Aosta llega la primavera! Te lo había dicho,  y t  que no me creías!

—Es verdad. Ya había perdido la esperanza. Qué de colores...  D nde se habían metido hasta ayer?

Italo se hizo el sordo. Rocco se palp  los bolsillos.

— Joder!

Meti  una mano en los del agente y cogió el paquete de tabaco. Chesterfield.

—Sé que un día de éstos me darás una sorpresa y en vez de esta asquerosidad comprarás Camel.

—¡Sigue soñando! —repuso Italo.

Rocco se encendió uno y devolvió el paquete al bolsillo de su agente.

—¿Qué me dices, Italo? ¿Nos vamos a comer a la montaña? —le propuso el subjefe.

—¿Adónde?

—Tengo ganas de volver a Champoluc, al Charmant Petit Hotel. Se come de miedo.

—Venga, ¿por qué no? Aunque habrá que ver a qué hora terminamos, ¿no?

—Un accidente no es nada. ¿Qué misterio quieres que haya? La gente de aquí está empanada. —Le dio una calada al pitillo.

El paisaje al otro lado de la ventanilla del coche patrulla era bien bonito. Incluso parecía que los árboles sonrieran. Sin los kilos de nieve que les daban aquel aspecto de nonagenarios, aplastados contra el suelo por el peso de la edad. Ahora se enderezaban, eran otros, jóvenes, frescos, erguidos y rectos.

Rocco recordó la noche que acababa de pasar con Anna. Sintió una especie de hormigueo entre las piernas.

—¡Sí que es primavera! —exclamó mientras apagaba el cigarrillo en el cenicero.

La culpa de todo la tenían los dos neumáticos que habían reventado de viejos y que habían mandado la furgoneta Fiat contra los alerces a la salida de una curva. Carlo Figus y Viorelo Midea, los dos ocupantes, habían muerto en el acto. De los dos cadáveres sólo quedaba la sábana manchada de sangre con la que los habían tapado. Rocco Schiavone y Pierron hablaban con el agente de tráfico.

—Bueno, ¿y qué es lo que pasa? ¿Qué era eso tan raro? —preguntó Rocco.

—Más que raro, es sospechoso —precisó el agente Berruti, quien, con sus gafas reflectantes y sus dientes blancos, parecía salido de un episodio de *CHiPs*, la serie de los setenta.

—¿El qué?

—La matrícula de la furgoneta es robada, no es la suya. —Schiavone asintió y le hizo una señal a Berruti para que prosiguiera—. El caso es que, según los papeles, la furgoneta pertenece a Carlo Figus, el que conducía, pero la matrícula que consta no tiene nada que ver.

Otro agente de tráfico con un poco de sobrepeso y mirada despierta y atenta se unió entonces al grupo.

—¡Hombre, Italo! —Conocía a Pierron.

—¡Hombre, Umberto!

—El tema, subjefe, es que la matrícula que llevaba la furgoneta fue robada y denunciada en Turín el veintisiete de febrero. Pertenece a un tal Silvestrelli y tendría que estar en un Mercedes Clase A, no en una Fiat Scudo. Esta furgoneta debería tener la matrícula AM 166 TT.

—Y supongo que la AM 166 TT no estará por ahí, ¿no?

—¡Ojalá!

—Hay que joderse —murmuró Rocco, poniendo los ojos en blanco.

—¿Perdone? —le preguntó solícito Berruti.

—¡Que hay que joderse! —repitió Rocco, mirando al agente a los ojos—. ¡Una jodienda! La cosa iba muy bien, pero que muy bien. Un accidente, un poco de papeleo rápido ¡y a correr! Pero no, los dos gilipollas estos tenían que llevar una matrícula robada... ¡Es que hay que ser capullo! —despotricó, y, tras darle un puntapié a un guijarro, se alejó y los tres agentes intercambiaron una mirada.

—¿Os encargáis vosotros de las familias? —le preguntó Umberto a Italo.

Rocco, que sólo se había apartado un par de metros, se dio la vuelta.

—Pues claro que nos encargamos nosotros. Este accidente no se resuelve con un parte amistoso, hay un robo de por medio y es cosa nuestra.

—¡Gracias! —Umberto se alegró—. Si podemos ayudarlos en algo...

—Vosotros quedaos aquí, rellenad todos los papeles que haya que rellenar y perdeos de vista. Yo tengo que ir al depósito a ver a Fumagalli, ¡me cago en la puta! —Acto seguido, maldiciendo entre dientes, se encaminó hacia el coche.

Los dos agentes de tráfico se quedaron mirando a Italo.

—¿Es siempre así?

—No, hoy está de buenas. Si hubiera sido un homicidio, sí que nos hubiésemos reído. Bueno, cuidaos. ¡Nos vemos, Umberto! ¡Por cierto, me debes la revancha!

—Cuando quieras. ¿Americano o francés?

—Francés.

No veo nada.

¿Sigo con los ojos cerrados?

Los tengo abiertos. Los tengo abiertos y no veo.

¿Sigo durmiendo?

No estoy durmiendo. Sé que no estoy durmiendo. La cabeza me da vueltas, muchas vueltas. Me duelen las sienas. El negro va haciéndose gris. Ya no está oscuro del todo. Pero todavía no consigo ver nada. ¿Qué tengo en la cara? ¿Qué es? ¿Una telaraña? No, las telarañas son traslúcidas y esto parece más bien un velo oscuro. Oscuro y hecho de hilos. Hilos negros. Qué asco. Da mucho asco. Si cierro los ojos, todo me da vueltas. Tengo que mantenerlos abiertos y mirar este velo negro y asqueroso que tengo delante de la cara.

Tiraba a rastras de los pensamientos, le pesaban y estaban todavía preñados de sueño y jaqueca. Intentó

quitarse la tela que tenía en los ojos. Pero las manos no querían moverse. Inmovilizadas.

No se mueven. ¡No se me mueven las manos! Tengo un trapo negro en la cara y no puedo quitármelo porque no puedo mover las manos.

Forcejeó, tiró una, dos veces, pero tenía las muñecas inmovilizadas.

¿Qué he hecho, me he enredado en la cama y he metido la cabeza en la funda de la almohada? ¿Por qué iba a enredarme en la cama? Pero qué gilipolleces se me ocurren. A lo mejor sigo dormida, y fuera todavía es de noche, y no tardaré en despertarme y bajar a desayunar.

Las sienas le golpeaban metódicamente, como si tañeran a muerto. Un dolor subterráneo, continuo y sordo.

Tiene que ser de noche. No se oye la carretera. Ni tampoco a Dolores preparando el desayuno, ni a papá andando por el pasillo.

Ésos eran sus típicos ruidos familiares. Y allí todo era silencio.

Estoy sentada. ¿En la cama?

Intentó levantarse, pero no hubo suerte.

¿Tengo la espalda pegada a la pared? ¿A una tabla de madera?

Intentó mover las piernas.

No se me mueven. Las tengo inmovilizadas, igual que las manos, tengo los tobillos sujetos. ¿Estaré paralizada? ¿Me he quedado paralítica? No, los dedos los muevo. Y también los pies. Pero los tobillos los tengo atados. Igual que las muñecas. ¿Será una pesadilla? Voy a despertarme, voy a despertarme, voy a despertarme.

Intentó incorporarse tirando del asiento, pero no pasó nada.

¿Qué mierda tengo en la cara? ¿Un trapo? Un trapo, seguro. Y al otro lado se ve... ¿qué veo? Hay una

pared. Una pared gris. No es mi cuarto. Mi habitación es amarilla y ésta es gris. ¿Y dónde están los pósteres de Coldplay y Alt-J? Es todo gris. Gris y sucio. Pero veo. Así que es de día, y si es de día, ¿por qué no viene nadie a despertarme?

—¿Mamá? —chilló. Y el sonido de su voz la aterró. Volvió a intentarlo con más fuerza—: ¿Papá?

Cada vez le costaba más respirar, no había mucho aire. Aquella tela asquerosa que tenía ante la cara le impedía respirar y se le pegaba a los labios cada vez que trataba de coger aire.

—¿Mamá? ¿Papá?

Inútil.

Estaba despierta y no estaba en su casa. No podía moverse, no veía nada, apestaba a mohó y se encontraba sola.

Chiara se echó a llorar.

El último domicilio de Carlo Figus era via Chatelard. Rocco había mandado al agente Scipioni para que diera la triste noticia y cogiera por banda a algún pariente que pudiera acudir a la morgue. Si Rocco había confiado la misión a Scipioni, había sido única y exclusivamente por pura necesidad, puesto que la inspectora Caterina Rispoli estaba en cama con treinta y nueve de fiebre e Italo Pierron andaba tras la pista de Viorelo Midea, la otra víctima del accidente. El subjefe sólo disponía, por tanto, del agente Scipioni, que apenas llevaba prestando servicio en Aosta desde diciembre. Aunque no lo conocía mucho, estaba seguro por lo menos de que no era un mentecato como Deruta, D'Intino o Casella. Sabía que era medio siciliano, medio de Las Marcas, y que adoraba la montaña, y, en general, siempre le había dado la impresión de tener la cabeza bien amueblada y ser atento, y nunca había oído salir ninguna tontería de su

boca. Rocco tenía la esperanza de poder incluirlo entre los agentes válidos de la comisaría. Siempre viene bien un hombre más.

Mientras esperaba a las puertas de la morgue fumando un cigarro, el subjefe distinguió, al otro lado de los cristales esmerilados, la inconfundible silueta de Alberto Fumagalli, el patólogo forense oriundo de Livorno. Como tenían por costumbre desde hacía ya nueve meses, no se saludaron. Alberto miró al cielo, torció la boca, masculló algo y le hizo una seña a Rocco.

—¿Vienes cuando te lo acabes?

—No, estoy esperando. A un agente.

—¿A cuál? ¿Al que siempre vomita?

—¿Italo? No, otro. Viene con un familiar para la identificación.

Alberto lo miró a los ojos.

—¿Quieres que te cuente una cosa mientras te terminas el cigarro?

Rocco dio una buena calada.

—Claro, cuenta.

—Ha muerto feliz.

Rocco se acercó al médico.

—¿A qué te refieres?

—Que el italiano ha muerto feliz.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Te lo ha dicho él?

—Exacto.

—Anda, ve al grano, que hoy llevo un día de perros y paso de discutir contigo.

—¡Señor, sí, señor! ¿Quieres saber cómo me lo ha dicho? Ven, que te lo voy a enseñar.

Encima tenía que tragarse los dos cadáveres... Tiró el cigarrillo y siguió al médico.

En la sala de autopsias reinaba el habitual olor a huevos podridos mezclado con alimentos putrefactos y agua es-

tancada de puerto. En las camillas, dos cuerpos. Alberto se acercó.

—No, hoy te voy a ahorrar los cadáveres. Lo que más te interesa está aquí... en el microscopio, ven. —Le señaló el ocular. Apoyó el ojo y reguló el objetivo. Después, con una sonrisa, le dejó el puesto a Rocco—. ¿Qué ves?

—¿Y a mí qué me cuentas? Cosas redondas, medio blancas, medio moradas... Yo qué sé, parece una mancha de esas que usan los psicólogos...

—Se llaman manchas de Rorschach y no tienen que ver un carajo. Lo que ves en el cristalito es un frotis que he tomado de la piel del pene del italiano.

—Pero ¿qué pollas...?

—Sí, también conocido como polla. ¿Y sabes qué estás observando?

—¿No me lo acabas de decir?

—No, estás viendo a la señorita *Gardnerella vaginalis*.

—No sé qué es, pero con ese nombre no creo que deba estar en un órgano genital masculino, ¿me equivoco?

—¡Chico listo! La *Gardnerella* es un microorganismo con el que conviven muchas mujeres. Pero, si prolifera más de la cuenta, aparecen unas secreciones blanquecinas que huelen un poco mal, la verdad, y...

—Resumiendo, Alberto, resumiendo. Que el colega la metió en caliente antes de morir, ¿no es eso?

—Justo. Y, calculando que murieron no más tarde de las cuatro, podríamos decir que lo hizo... ¿como una hora antes?

—¿Es una pregunta?

—No, es una afirmación con un puntito de pregunta. Queda muy chic, porque es como decir: quiero escuchar tu opinión, pero en realidad ya sé que tengo razón. Y no te digo que no le echaría yo un polvo a la mujer misteriosa que le brindó las últimas alegrías sexuales al desgraciado este, aunque, eso sí, metronidazol mediante.

—¿Crees que era una prostituta?

—Viendo a esos dos, como que sí.

—¿A qué te refieres?

—¿Tú te has fijado en sus caras, Rocco? Para que esos dos mojaran, o bien tiraban de cartera o bien se lo montaban en casa a base de solitarios. ¿Quieres verlos?

—Por hoy tengo bastante con la *Gardnerella*.

El agente Scipioni avanzaba por el pasillo escoltando a un hombre de una vejez indeterminada. Iba dando pasos cortos cogido del brazo del joven policía, camino a la puerta del depósito, sin dejar de mirar un punto fijo en su horizonte.

—Subjefe Schiavone, aquí el abuelo de Carlo Figus. Aparte, la víctima sólo tenía a su madre, pero, con la diabetes... no puede moverse de casa... tiene las dos piernas amputadas.

—Vale... —dijo Rocco, extendiendo los brazos, resignado.

—Este señor es Adelmo Rosset, el abuelo de Carlo Figus. ¿Adelmo? Le presento al subjefe Schiavone...

El hombre apenas alzó la mirada. Tenía los ojos azules y parecían sumergidos en un líquido denso y pegajoso. Sin mudar la expresión, se limitó a llevarse lentamente la mano al bolsillo, sacar un pañuelo de tela y enjugarse la boca.

—No habla mucho —explicó Scipioni.

—Ya veo, ya. Pero ¿rige?

—No sé, creo que sí. La madre de Carlo Figus, la hija del caballero, dice que oye perfectamente y se entera de todo, ¿no es verdad, Adelmo?

El hombre giró hacia Scipioni su cuello arrugado con la parsimonia de una tortuga centenaria. Esbozó una sonrisa a cámara lenta que dejó a la vista los tres dientes

que le quedaban. Después volvió a replegarse como una flor al atardecer.

—¿Qué hago, jefe?

—Vamos. Fumagalli está esperando.

Rocco le tendió el brazo a Adelmo, quien se agarró a él y, flanqueado por ambos policías, se acercó al cristal divisorio. El subjefe golpeó tres veces con fuerza y la persiana de aluminio subió, revelando la cara de Fumagalli, que ya tenía dispuesto el cadáver al otro lado del cristal. El forense interrogó a Rocco, como preguntándole: «¿Lo destapo?», y éste asintió sin perder de vista a Adelmo. La cara del anciano se reflejaba en el cristal y la casualidad quiso que se solapara a la perfección con el rostro del cadáver en la otra sala. Fumagalli destapó el cuerpo. El rostro de Carlo Figus sustituyó al del abuelo. Adelmo se quedó mirando unos segundos y luego levantó muy despacio una mano hasta apoyar los dedos en el cristal. Se volvió hacia Rocco. Aunque la mirada yacía lejana, sumergida en líquido, una lágrima echó a rodar desde un ojo y desfiló por una arruga, como si fuera el lecho seco de un río. Adelmo se puso a temblar y se quedó mirando a Rocco. No hizo falta más. El subjefe indicó por gestos a Fumagalli que volviera a tapan el cadáver.

—Antonio, acompaña al señor Rosset a su casa
—ordenó a su agente.

Scipioni asintió.

—Venga, don Adelmo, nos vamos ya...

El anciano despegó la mano del cristal divisorio. Las huellas de los dedos desaparecieron en cuestión de segundos, reabsorbidas por el frío del vidrio. Parecía desubicado, como si acabaran de despertarlo de una pesadilla. Se cogió entonces del brazo de Scipioni y volvió por el pasillo con pasos lentísimos y acompasados.

Rocco necesitaba un trago.

• • •